

CULTURA Y SOCIEDAD

A PROPÓSITO DE BORGES

EN LA GRAN MURALLA

JORGE SVARTZMAN

Escritor

Sábado, 31 de marzo. Come en casa Borges [...]

Se cruzó con una manifestación peronista. Los muchachos lo reconocieron y empezaron a corear: “Borges y Perón, un solo corazón”. En tono amistoso —explica.

Adolfo Bioy Casares, *Borges*

Jiayuguan. Extremo occidental de la Gran Muralla. Aquí terminaba la tierra conocida. Más allá, arenas movedizas, gente sin *Li*, un vocablo que con grafías diferentes significa rito, razón y calendario. El universo se repartía en dos porciones: la de los hombres de *Li* y la de los hombres sin *Li*, poco menos que animales. El *Shanhai Jing*, “Canon de las Montañas y los Mares”, uno de los más antiguos tratados de geografía, estableció hace unos veinticinco siglos un bestiario preciso de los seres que poblaban por entonces el planeta.

La tortuga con cabeza de pez o el pez con patas de ave, las aves bicéfalas, el centauro alado, la serpiente con nueve cabezas humanas o con una cabeza y dos cuerpos, los ciervos tetracornes, el unicornio, el pájaro con una sola pata o, más complejo, el pajarillo que sólo se puede reproducir con una rata, eran algunas de las especies con las que el hombre podía topar apenas se internaba en lo desconocido.

Las naciones no eran menos variadas que las especies: estaba el País de los Cíclopes y el de los Hombres con Plumas,

el de los Tragafuegos y el de Los que Caminan con las Piernas Entrecruzadas; estaba el País de los Hombres Reptiles y el de los Trifaces; también estaban los Hombres con un Solo Lado o aquellos cuyo diseño culminaba por encima de los hombros y llevaban los siete agujeros del rostro perforados en el torso; se llamaban los Forma de Cielo.

La Gran Muralla fue siempre una protección eficaz contra tanto monstruo suelto. Y fue exactamente a cinco kilómetros del fin de ese punto crucial que separa las costas del Universo del magma, donde ya no existen nombres apropiados para las cosas, que un muchacho de unos 25 años se me acercó para trabar conversación y, al enterarse de que era argentino, me pidió que le hablara de Borges.

Le pregunté qué sabía del escritor, y me respondió ceguera y espejo. Repasamos la constante presencia de China en su obra. Juntos evocamos una mariposa y un bastón de laca. Aprendí a decir laberinto en chino: *Migong*, “palacio secreto”.

No recuerdo exactamente qué dije al principio, pero sí lo que hubiera querido comunicar al final. Las palabras se amontonaban en castellano en mis labios, y me veía obligado a transponerlas a mi cojeante chino, suplantando las lagunas con los irrisorios énfasis latinos de mis gestos.

“Para un argentino —comencé diciendo—, la literatura universal es una invención de Borges. Él también inventó mi ciudad y nuestra historia, e inventó a los caudillos más fehacientemente que cualquier revisionista. Inventó muchos nombres, a los compadritos e imaginó el entierro de Eva Duarte. Los inventó, o imaginó, como Shakespeare inventó un reino de Dinamarca, sacándolos de su borrachera histórica. Supongo que cuando Borges muera, encontrará a su doble, y que ese doble será Perón. Entre ambos se desdobra toda la soledad del argentino.

”Imagino que el general recibirá al escritor con calidez. Borges no es hombre prejuicioso: sabrá aceptar el saludo y ambos se sentarán a trabar un diálogo que nunca había sido posible. Se contarán alguna anécdota y se descubrirán algunas simpatías o antipatías comunes. Alguien cebará un mate.

”El general dirá: —¿Sabe Borges? Hay algo que jamás podrá perdonarle. Nunca comprendí por qué no escribió acerca de los meses que precedieron la muerte de mi segunda esposa. Fueron

cosa arrancada de un sueño. El día que la proclaman candidata a vicepresidenta, ya flotaban en la República rumores de su inminente muerte. Pero nadie se atrevía a mentarla en voz alta y, a medida que se le caían los cabellos y se le demacraba el rostro, su ardor aumentaba. El pueblo estaba empeinado en negar lo que saltaba a los ojos: que era una mujer que se estaba cayendo en pedazos. Durante todo ese tiempo tenía la impresión de estar viviendo una de sus historias.

”A mí me pasaba lo mismo —dirá Borges, citándose tal vez por primera vez— pero al revés. En la nota de algún libro me identifiqué explícitamente con un doble traidor escandinavo, un hombre desgarrado por sucesivas y contrarias lealtades. Acaso la más grave de esas exigencias es la que obliga a un hombre a identificarse con un soñador o con un sueño. Escribir esa obra que estaba ocurriendo hubiera sido una confesión, de ser un sueño suyo, general.

”Se silenciarán las voces y cada cual se sumirá en los recuerdos. Perón se verá avanzando entre incomprensibles *Migong*, reflejado hasta el infinito por espejos y dedicándose a urdir la biografía de Perón en el año 30, en el año 600, en 1800, en el futuro.

”Borges retomará los uniformes militares de sus abuelos, se vestirá con sus sombras y se verá en la plaza, ovacionado y querido por millones de seres desbordantes de esperanza, con una mujer ardorosa y bella y vulgar y demacrada que llora entre sus brazos, y estará colmado de felicidad”.

Tras un leve silencio, mi amigo chino comentó:

—A los argentinos les gusta la libertad, ¿verdad?

—Claro, cómo no —repuse, sin saber a dónde quería ir.

—¿Y los escritores no están obligados a escribir sobre temas sociales?

—¿Cuáles son los límites entre la ficción y la realidad?

—Los escritores chinos los conocemos.

—¿Y tú te adaptas a ellos?

Mi amigo no respondió. Escupió con violencia, masculló algo incomprensible y ya no volvimos a hablar. A lo lejos, se percibían tres atalayas vigilando el desierto.

Sobre el autor

El escritor Jorge Svartzman estudió chino clásico en París VIII con Kyril Ryjik. Vivió en Beijing de 1985 a 1989 y de 1996 a 1997, la primera vez como periodista *free lance* (con un breve paso por la agencia española Efe). Sus notas eran publicadas principalmente por *El País* de Madrid; en la segunda ocasión fue corresponsal de la Agencia France-Presse. Ha traducido varios cuentos chinos contemporáneos, algunos de ellos publicados en *Estudios de Asia y África* y en el suplemento dominical de *El País*. En Francia ha publicado *L'oeil du consul* (Editions du Chêne, Musée Guimet) en colaboración con Dominique Liabeuf, una presentación de la inédita obra fotográfica de Auguste François, cónsul honorario de Francia en el Yunnan de 1900 a 1904, quien puso todo su empeño en impedir que la administración francesa de Indochina invadiera el sur de China, en trazar la vía férrea que va aún hoy día de Kunming a Hanoi y en dejar centenares de clisés, que constituyen testimonios únicos sobre la vida cotidiana de todos los estratos de la conculsonada sociedad china de aquel entonces.

De su contacto con China, Jorge comenta:

Haber podido asistir a la transición china a mediados de los años ochenta fue una experiencia intelectual, vital y emotiva tremendamente fecunda y formadora. De China, siempre me atrajo su capacidad de cambio, de cuestionar las certezas de ayer sin sentir amenazada su identidad. Una impresión que describe muy bien Simon Leys, al contrastar la perennidad de una civilización que construyó palacios de madera, una materia tan poco duradera, y que se entregó a periódicos accesos de destrucción iconoclasta. Éste es un tema que reencuentro en el texto de Borges "El emperador y los libros" (en *Otras Inquisiciones*), que busca el vínculo entre las dos grandes obras del primer emperador de China, Qin Shi Huangdi: la construcción de la Gran Muralla y la destrucción de todos los libros, exceptuando los de agricultura y medicina.

Esa manera desacomplejada de tratar el pasado y el presente en China llamó mi atención, ante todo como argentino y como latinoamericano, dado que a veces tengo la impresión de que nos debatimos en dilemas eternos y paralizantes. Pero también me intrigó un lado menos atractivo, que es el de un poder despótico dispuesto a todo para perpetuarse, como se vio en la represión del movimiento democrático de la plaza Tiananmen de Beijing, en junio de 1989. Afortunadamente, yo me había marchado unos meses antes, pues, de haber asistido a la

matanza, no sé si hubiera querido volver. Testigo de otras matanzas (en la Argentina de los años setenta) y poco dispuesto a conceder que la democracia sea un lujo de ricos, siempre traté de indagar la relación que existía en esa doble cara de China: la creatividad y la represión brutal, intuyendo que el dilema podía abarcar, planteado de diversas maneras, un sinnúmero de actividades humanas.